

En medio de aquella venganza de Dios, los hombres ejercieron también una venganza terrible. A las once de la noche, el ministro, llamado por el emperador, dejó en su casa á su hermosa conectora, recomendándole que á la primera señal de peligro se subiese á las habitaciones adonde no pudiese llegar el agua, lo cual era fácil, atento que el palacio del ministro, uno de los más suntuosos de la calle de la Resurrección, tenía cuatro pisos.

La Gosudarina se había pues quedado sola en el palacio con sus esclavas, y el ministro encaminádose al palacio de Invierno, donde se quedara junto al emperador hasta el subsiguiente día, ó si decimos todo el tiempo que duró la inundación; pero en cuanto se vió libre, tornó á su palacio, donde encontró derribadas todas las puertas. El agua había subido á la altura de más de cinco metros, de modo que la casa estaba completamente abandonada. Inquieto por lo que pudiese haber sucedido á su amante, el ministro subió apresuradamente al dormitorio de ésta. La puerta estaba cerrada, y era una de las que habían resistido al empuje de las aguas; las demás, casi todas habían sido arrancadas de sus goznes y arrebatadas. Desasosegado por tan singular circunstancia, Milarodowich golpea la puerta y llama en altas voces, pero todo permanece callado, si no desierto; ante aquel silencio, el ministro siente redoblar su terror, y haciendo inusitados esfuerzos consigue por fin derribar la puerta. En medio del aposento yacía el cadáver de la Gosudarina; pero como prueba terrible de que la inundación no era la causa única de su muerte, al cadáver le faltaba la cabeza. Milarodowich, casi loco de dolor, pidió socorro por el mismo balcón desde el cual Machinka presenciara la ejecución de su antiguo amigo, y cuando acudieron á sus voces, lo encontraron de rodillas junto al mutilado cuerpo. Entonces buscaron la cabeza por todo el dormitorio, y halláronla debajo de la cama, adonde la arrastrara el agua;

junto á la cabeza estaban unas grandes tijeras de podar setos y que evidentemente habían servido para cometer el asesinato.

Los esclavos del ministro, que al aspecto del peligro huyeron cada uno por su lado, regresaron aquella misma noche ó al día siguiente; el único que no compareció fué el jardinero.

X

Al saltar del oeste al norte, el viento indicó la llegada del invierno; así es que apenas reparados los primeros desastres causados por el enemigo en retirada, hubo que hacer frente al enemigo que avanzaba. Y era tanto más urgente apresurarse, cuanto el día de la inundación era ya el 10 de noviembre. Los buques que se salvaron de la furia del huracán ganaron sin perder tiempo la alta mar para no reaparecer, como las golondrinas, hasta la primavera; alzáronse los puentes, y todos aguardaron ya más tranquilos las primeras heladas, que llegaron el 3 de diciembre. El 4 nevó, y aunque el termómetro no descendió más que á 5 ó 6 grados bajo cero, establecióse el servicio de trineos, lo cual resultó favorable para la población, pues habiéndose echado á perder con la inundación todas las provisiones de invierno, aquél preservaba de la carestía. En efecto, gracias á los trineos, que por su velocidad casi pueden compararse á los trenes de ferrocarril, de todos los ámbitos del imperio llegan á la capital piezas de caza muertas á las veces á mil ó á mil doscientas leguas del sitio en que son comidas. Entonces afluyen á los mercados, donde más bien los dan que no los venden, gallos y patos silvestres, perdices y chochas, conservados con nieve en barricas, y junto á ellos, se vendidos sobre mesas ó formando montones los pes-

cados más exquisitos del mar Negro y del Volga. En cuanto á los animales de matadero, los ponen de venta derechos, como si estuviesen vivos, y en esta disposición van desmenuzándolos.

Los primeros días en que San Petersburgo se envolvió en su blanca túnica de invierno tuvieron á mis ojos el atractivo de un espectáculo curioso, pues todo era nuevo para mí. Sobre todo no me saciaba de ir en trineo; porque es de saber que hay una voluptuosidad indecible en sentirse arrastrado sobre un terreno terso como un cristal por caballos á los que excita la vivacidad del aire, y que, casi insensibles al peso de su carga, parecen, no correr, sino volar. Aquellos primeros días fueron para mí tanto más agradables, cuanto el invierno, con insólita coquetería, no se mostró sino poquito á poco, de modo que, gracias á mis buenos abrigos, llegué hasta los veinte bajo cero sin casi advertirlo.

Olvidábaseme decir que, al llegar la temperatura á -12° , el Neva había empezado á congelarse.

Tanto hice correr á mis pobres caballos, que una mañana mi cochero me dijo que de no darles á lo menos cuarenta y ocho horas de descanso, al cabo de ocho días quedarían inservibles. Como el cielo estaba despejado, por más que el aire era más vivo que no lo sintiera hasta entonces decidí valerme de mis piernas; me armé pues de pies á cabeza contra las agresiones del frío, quiero decir que me enfundé en un inmenso capote de astracán, me encasqueté hasta las orejas una gorra de pieles, me enrosqué al cuello una corbata de cachemira, y me aventuré en la calle sin mostrar de mi individuo mas que la punta de la nariz.

Al principio todo marchó á pedir de boca, y aun admirado de la poca impresión que me causaba el frío, me reía entre mí de los cuentos que sobre el particular me contaran. Por otra parte halagábame grandemente que el acaso me hubiese proporcionado aquella ocasión de aclimatarme. Con todo eso, como

los dos primeros discípulos á casa de los cuales me encaminaba, Bobrinski y Nariskin, estaban ausentes, empezaba á darme á entender que el acaso hacía demasiado bien las cosas, cuando me pareció notar que los transeuntes me miraban con cierta inquietud, aunque sin decirme palabra. A poco un caballero, indudablemente más hablador que los demás, me dijo al pasar junto á mí: *iNoss!* Como yo no conocía ni un vocablo ruso, creí que no valía la pena detenerme por un monosilabo, y seguí andando. Al llegar á la esquina de la calle de los Guisantes, encontré un ivoschik que pasaba á escape guiando su trineo; pero por muy veloz que fuese su carrera, creyóse obligado á dirigirme á su vez la palabra, y me dijo á gritos: *iNoss! inoss!* Por último, al llegar á la plaza del Almirantazgo, dí de manos á boca con un mujick que en lugar de dirigirme la palabra cogió un puñado de nieve, se abalanzó á mí, y antes de que yo pudiese haberme desembarazado de mis arreos, me estregó la cara con todas sus fuerzas, y en particular la nariz. La broma parecióme de no muy buen género, máxime con el tiempo que hacía, y sacando del bolsillo una de mis manos, de una puñada lo envié rodando á diez pasos. Por desgracia ó por fortuna para mí, en aquel instante pasaban dos campesinos, los cuales, después de haberme mirado por breve espacio, se arrojaron sobre mí, y quieras que no me sujetaron los brazos, mientras el mujick de marras cogía otro puñado de nieve y volvía á las andadas. Entonces, dándome á entender que era víctima de una equivocación ó de alguna emboscada, pedí socorro á voz en cuello, y á mis gritos acudió un oficial que en francés me preguntó qué me pasaba.

—¡Cómo! exclamé haciendo un postrer esfuerzo y deshaciéndome de los tres hombres que me estaban sobando, y que con la mayor tranquilidad del mundo continuaron su camino, uno hacia la Perspectiva ó calle de Niusky, y los otros dos hacia el malecón In-

glés; ¿no ha visto V. lo que estos tunantes estaban haciendo conmigo?—¿Qué le hacian?—Me estregaban la cara con nieve. ¿Halla V. de buen género la broma con este tiempo?—Pues han hecho á V. un grandísimo favor, respondió el oficial mirándome de hito en hito.—¿Dice V.?—Que han hecho á V. un grandísimo favor, pues nada menos tenía V. helada la nariz.—¡Misericordia! exclamé llevando la mano á la parte amenazada.—Caballero, dijo un transeunte á mi interlocutor, se le está helando la nariz.—Gracias, contestó el oficial como si le hubiesen hecho la advertencia más natural del mundo; y agachándose cogió un puñado de nieve y se hizo á sí mismo el favor que á mí me hiciera el pobre mujick á quien de tal mala manera recompensé su solicitud.—Conque, repuse, á no ser aquel buen hombre...—Ya no tendría usted nariz, me contestó el oficial frotándose la suya.—Entonces V. perdone, caballero...

Dije, y eché á correr tras el mujick, que temeroso de que iba á acabar de aporrearle, echó á correr también; y como el temor es de suyo más ágil que la gratitud, probablemente á estas horas aun no lo habría atrapado, si algunos transeuntes, al verlo huir y al verme que lo perseguía, tomándolo por ladrón no le hubiesen cerrado el paso. Al emparejar con él lo encontré hablando con gran volubilidad, para hacer comprender que sólo era culpado de un exceso de filantropía; diez rublos que le dí lo explicaron todo. El mujick me besó las manos, y uno de los presentes, que hablaba francés, me recomendó eficazmente que en lo sucesivo parase más atención en mi nariz. La recomendación era ociosa, pues durante el resto de mi carrera no la perdí de vista.

Una vez en la sala de armas de Siverbruk, adonde me encaminé en derechura y para donde me había citado por escrito Gorgoli, conté á éste como caso grandemente extraordinario lo que acababa de pasarme.

—Y dígame V., repuso Gorgoli, ¿antes que el pobre

mujick se abnegase, no le había advertido persona alguna?—He observado, respondí, que dos transeuntes me han mirado con mucha atención, y que al pasar junto á mí me han dicho: *!Noss! !noss!*—Pues bien, esto quería decir que cuidase V. de su nariz; sírvale de advertencia para lo sucesivo.

Gorgoli tenía razón, y cuenta que no son la nariz ó las orejas los miembros por los cuales uno debe temer más en San Petersburgo, pues si uno no advierte que se hiela, lo ven los transeuntes, que casi siempre avisan á tiempo para remediar el mal. Pero cuando por desgracia el frío se apodera de alguna otra parte del cuerpo escondida por las ropas, como se hace imposible el aviso, uno no se da cata de la heladura más que por el entorpecimiento de la parte atacada, y entonces suele ser tarde. Ahora recuerdo que durante el invierno que precedió al de mi llegada á la capital rusa, un francés apellidado Pierson, representante de una de las principales casas de banca de París, por falta de precaución fué víctima de un accidente de este género. En efecto, Pierson, que había salido de París para custodiar una importante suma de dinero que formaba parte del empréstito negociado por el gobierno ruso, no había tomado precaución alguna contra el frío por la sencilla razón de que al partir de Francia hacía un tiempo magnífico. Al llegar á Riga, á Pierson le pareció la temperatura todavía muy soportable, por manera que continuó su camino, juzgando inútil comprar capa, pieles ni botas forradas de lana. Todo se presentó bien hasta Livonia; pero tres leguas más allá de Revel, la nieve cayó en tal cantidad, que el postillón se extravió y cayó en una barranca. Como los dos hombres no tenían bastante fuerza para levantar el coche, no hubo más remedio que ir por socorro: el postillón desenganchó pues uno de los caballos y partió velozmente para la ciudad más cercana, mientras Pierson, al ver que llegaba la noche, temiendo á los ladrones no quiso abandonar ni por un

momento el tesoro al cual escoltaba. Pero con la noche cesó la nevasca, y habiendo saltado el viento al norte, el termómetro bajó súbitamente á—20°. Pierson, que conocía el terrible peligro á que estaba expuesto, se puso á andar inmediatamente alrededor del coche, á fin de combatirlo cuanto le fuese posible. Al cabo de tres horas de espera, el postillón tornó acompañado de algunos hombres y de dos caballos, y, levantado el coche, Pierson, gracias al doble tronco, llegó poco después á la primera ciudad, donde se detuvo. El maestro de postas en cuya casa tomara el postillón los caballos de refuerzo lo esperaba con inquietud, pues sabía en qué situación se quedara mi paisano mientras el postillón estuvo ausente; así es que lo que primero preguntó á Pierson, cuando éste se hubo apeado, fué si tenía helado algún miembro. El viajero respondió que no, ó que á lo menos así lo suponía, toda vez que no había cesado de andar, y que, gracias al movimiento, creía haber luchado victoriosamente contra el frío.

Dichas estas palabras, Pierson se descubrió el rostro y mostró las manos, uno y otras intactos. Sin embargo como Pierson sentía una gran lasitud, y temía que de continuar de noche su camino le sobreviniese algún accidente parecido al de que creía haber escapado, hizo que le preparasen una cama, tomó un vaso de vino caliente y se durmió.

Al día siguiente mi paisano intenta saltar de la cama, y al ver que forcejea en vano para conseguirlo, levanta como puede un brazo y tira del cordón de la campanilla. Acuden al llamamiento, y Pierson dice lo que siente, algo así como una parálisis general. Vuelan á casa del médico, llega éste, levanta el cobertor y ve que las piernas del enfermo están amoratadas y cubiertas de manchas negras; la gangrena empezaba á minarlas. El médico anuncia sin tardanza al paciente que no hay más remedio que proceder á la amputación.

Por muy terrible que sea este recurso, Pierson accede. El médico envía al punto por los instrumentos necesarios, pero mientras hace sus preparativos, el enfermo se queja prontamente de que se le debilita la vista y de que apenas distingue los objetos que lo rodean. El facultativo empieza entonces á sospechar que el mal es más grave que lo que él suponía, y, procediendo á un nuevo examen, ve que las carnes de la espalda acaban de abrirse. Entonces, en vez de anunciar á Pierson el nuevo y terrible descubrimiento, lo tranquiliza, le dice que su estado es menos alarmante que lo que sospechara en un principio, y como prueba de lo que afirma, le manifiesta que debe de sentir irresistibles impulsos de dormir. El enfermo responde que efectivamente siente profundo sopor, y diez minutos después queda dormido para morir tras un sueño de un cuarto de hora.

Si inmediatamente después de su llegada á la casa de postas hubiesen inspeccionado el cuerpo de Pierson y le hubiesen frotado con nieve las partes atacadas por la heladura como el buen mujick lo hiciera con mi nariz, mi paisano hubiera podido anudar su camino al día siguiente como si no le hubiese pasado cosa alguna.

Aquella fué una lección para mí; y temeroso de que no siempre hallaría en los transeuntes la misma oportuna cortesanía, nunca jamás volví á salir sin un espejuelo en mi bolsillo y sin que cada diez minutos me mirase la nariz.

Por lo demás, en menos de ocho días San Petersburgo se había vestido de invierno: el Neva estaba helado, y la gente lo atravesaba en todas direcciones á pie ó en trineo, único carruaje que se veía entonces en la ciudad; la Perspectiva, como llaman allí á la calle de Niusky, se había convertido en una especie de Longchamp; en las iglesias estaban encendidas las estufas, y por la noche, á la puerta de los teatros y en recintos construidos al efecto, cubiertos por la

parte de arriba, abiertos de los lados y con bancos circulares en los cuales los criados esperaban á sus amos, ardían grandes fogatas.

Los señores que son algo compasivos hacen que sus cocheros se vuelvan á casa indicándoles la hora á que deben volver. Los más infelices son los soldados y los butchnicks: no pasa noche sin que encuentren algunos de ellos muertos.

El frío seguía en aumento, y tan crudo se hizo, que por las inmediaciones de San Petersburgo parecieron infinidad de lobos, y aun encontraron, cierta mañana, á una de estas fieras paseándose como un perro por el barrio de la Fundición. A bien que la pobre bestia nada tenía de amenazador, y más me hizo el efecto de haber venido para pedir una limosna que con la intención de tomar cosa alguna á la fuerza; ello no obstante la mataron á palos.

Al contar yo aquella noche misma esta aventura al conde Alejo, díjome éste que al subsiguiente día tenía que efectuarse una gran caza al oso en un bosque situado á diez ó doce leguas de Moscou; y como la dirección de la caza mencionada corría á cargo de Nariskín, uno de mis discípulos, poco me costó obtener del conde que le hablase de mi deseo de asistir á ella. Waninkoff me prometió complacerme, y al día siguiente recibí una esquila de convite con un programa, no de la fiesta, sino del traje, traje guarnecido interiormente de pieles, con una especie de casco con cogotera que llega hasta los hombros; el cazador lleva la mano derecha cubierta con un guantelete, y con ella sujeta un puñal, arma con que ataca cuerpo á cuerpo al oso, al que casi siempre mata al primer golpe.

Me hice repetir dos ó tres veces y los escuché con la mayor atención, los pormenores de la caza al oso, y sé decir que entibiaron más que medianamente mi entusiasmo por ella. Con todo eso, ya comprometido no quise retroceder, é hice todos mis preparativos,

esto es compré traje, casco y puñal para probarlos aquella noche misma.

Ya en mi casa, adonde llegué á media noche por haberme quedado hasta hora bastante avanzada en la de Luisa, inmediatamente procedí al ensayo de mi traje; á este efecto puse derecho un travesaño sobre una silla, y me abalancé á él para herirle en el sitio previamente señalado por mí, y que debía corresponder para el oso á la sexta costilla. Sin embargo, de pronto desvió mi atención un ruido espantoso que se hizo en la chimenea. Al punto me acerqué á ella, é introduciendo la cabeza entre las puertas que ya había yo cerrado,—pues en San Petersburgo las chimeneas se cierran por la noche como los invernáculos,—ví un objeto del que no pude distinguir la forma, y que después de haber bajado casi hasta el nivel de mi plancha, volvió á subir apresuradamente. Ni por un instante dudé de que el bulto que acababa de desaparecer en el interior de la chimenea era un ladrón que, en su animadversión por la fractura, probablemente había empleado aquel medio para introducirse en mi casa, y que al notar que yo no estaba todavía acostado, se batía en retirada. «¿Quién va?» pregunté repetidas veces, y como nadie me respondiera y tal silencio me confirmara en mi opinión, pasé media hora ojo alerta, hasta que no oyendo ya ruido alguno y juzgando que el ladrón se había ido para no volver, atranqué lo mejor que supe la puerta de la chimenea y me acosté, quedándome dormido á poco.

Hacia poco más ó menos un cuarto de hora que mi cabeza descansaba en la almohada, cuando en medio de mi sueño parecióme oír pasos en el corredor, y, preocupado todavía con el inexplicable accidente de la chimenea, me desperté sobresaltado y escuché atentamente. Ya no cabe duda, dije para mí, alguien va y viene por delante de la puerta de mi cuarto y hace chillar el piso por más cuidado que, al parecer, ponga en no hacer ruido. Los pasos no tardan en detenerse,

aunque con vacilación, ante mi puerta; probablemente el ladrón quiere cerciorarse de que duermo. En esto alargo la mano hacia la silla donde arrojara yo mi traje, cojo mi casco y mi puñal, me pongo el uno y empuño el otro, y espero.

Tras un instante de vacilación, oigo que ponen la mano en la llave, rechina la cerradura, ábrese la puerta, y veo adelantarse hacia mí, iluminado por la luz de una linterna que ha dejado en el corredor, un sér fantástico con el rostro cubierto por una carátula, ó á lo menos tal me parece en la oscuridad. Juzgando que es preferible atacar á esperar, al ver que avanza hacia la chimenea con soltura que demuestra su conocimiento de los lugares, saltó de la cama, le echo las manos al cuello, lo derribo, y apuntándole mi puñal al pecho, le pregunto á quién busca y qué se le ofrece; pero con profunda admiración mía, mi adversario da grandes voces como pidiendo auxilio. Resuelto á ver decididamente con quién tengo que habérmelas, salgo entonces al corredor, cojo la linterna y torno á mi cuarto; pero con haber sido tan corta mi ausencia, el ladrón ha desaparecido como por arte de magia. Sin embargo oigo un ligero roce en la chimenea, me abalanzo á ella, miro y veo arriba la suela de los zapatos y las asentaderas de los pantalones del fugitivo, que se alejan con rapidez demostrativa de que su propietario está familiarizado con tales caminos. Yo me quedo estupefacto.

En esto un vecino, que ha oído la gresca infernal que muevo hace diez minutos, dándose á entender que me asesinan, entra en mi casa, y al encontrarme levantado, en paños menores, con una linterna en una mano, un puñal en la otra y tocado con mi casco, lo primero que me pregunta es si se me han volcado los sesos. Yo, para probar á mi vecino que estoy en el uso cabal de mi razón, y además para darle una idea de mi bravura, le cuento lo que ha pasado. Mi vecino se echa á reír á carcajadas, y cuando recobra el aliento,

diceme que el hombre á quien he vencido es... ¿á que no lo adivinan ustedes?... ¡un deshollinador! ¡Un deshollinador! exclamo, no puede ser; pero mis manos, mi camisa y aun mi cara, llenos de hollín, confirman la verdad de lo que acaba de decirme mi vecino, que entonces me da algunas explicaciones que borran todas mis dudas. En efecto, el deshollinador que en Francia, aun en invierno, no es más que una especie de ave de paso que canta una vez al año en lo alto de la chimenea, en San Petersburgo es un sér de primera necesidad; así es que á lo menos cada quince días visita las casas. Lo que hay es que sus trabajos tutelares son nocturnos, porque si durante el día abriesen los conductos de las estufas ó apagasen la lumbre de las chimeneas, el frío invadiría las viviendas. Las estufas se cierran pues por la mañana, en cuanto han hecho lumbre en ellas, y las chimeneas todas las noches tan pronto la han apagado. De lo cual se sigue que los deshollinadores, que cobran sueldo de los caseros, se encaraman á los tejados, y sin advertir á los inquilinos, hacen bajar por la chimenea un haz de espinos con una piedra en el centro, y con esta especie de escoba raen la chimenea hasta los dos tercios de su longitud; luego, terminado el trabajo superior, entran en la casa, se introducen en las habitaciones de los inquilinos, y limpian la parte inferior de los conductos. Los que están acostumbrados á estas operaciones y los que de tales operaciones están advertidos, no se preocupan con el ruido que meten los deshollinadores ni con su presencia en los pisos. En cuanto á mí, como por desgracia se habían olvidado de ponerme en autos, y, por otra parte, como aquella era la primera vez que el deshollinador entraba en mi casa para ejercer en ella su industria, por poco es víctima de mi presteza en juzgarlo malamente.

Al siguiente día pude cerciorarme de que mi vecino me había dicho la verdad pura. Mi patrona entró por la mañana en mi cuarto y me dijo que á la puerta de

la calle estaba un deshollinador que reclamaba su linterna.

A las tres de la tarde el conde Alejo Waninkoff vino por mí en su trineo, que era sencillamente una excelente caja de cupé montada sobre patines, y con maravillosa rapidez nos trasladamos al punto donde teníamos que reunirnos para la caza, esto es á una casa de campo de Nariskín, distante de San Petersburgo diez ó doce leguas y situada en el riñón de cerrado bosque. Al llegar nosotros, á las cinco, hallamos ya reunidos á casi todos los cazadores, y poco después, completada la reunión, vinieron á anunciar que la mesa estaba puesta. Hay que presenciar una gran comida de un gran señor ruso para formarse una idea de hasta dónde puede llegar el lujo de la mesa. Estábamos á mediados de diciembre, y lo que primero me llamó la atención fué, en medio de la bandeja que cubría la mesa, un magnífico cerezo cargado de fruto, como en Francia á fines de mayo. En torno del árbol había pirámides de naranjas, ananas, higos y uvas, que completaban unos postres que muy difícilmente puede uno procurarse en París en el mes de setiembre. Estoy persuadido de que solamente en los postres se había gastado Nariskín más de tres mil rublos.

Aquél fué el tiempo en que en San Petersburgo se adoptó la buena costumbre de hacer trinchar las viandas por maestresalas, y dejar que cada comensal se sirva á su gusto: de esto se sigue que siendo, como son, los rusos los primeros bebedores del mundo, había entre convidado y convidado, muy holgadamente espaciados por cierto, cinco botellas de vinos diferentes y de las más acreditadas marcas, esto es burdeos, epernay, madera, constanza y tokay; en cuanto á las carnes, sirvieron con abundancia asombrosa ternera de Arcángel, buey de Ucrania y caza de todas partes.

Concluido el primer servicio, entró el maestresala con una bandeja de plata en la que había dos pesca-

dos vivos y para mí completamente desconocidos. Los convidados, al ver los pescados, que eran soberbios esterletes, lanzaron un grito unánime de admiración. Ahora bien, como los esterletes sólo los pescan en el Volga, y éste se encuentra á una distancia mínima de trescientas cincuenta leguas de San Petersburgo, había sido preciso,—atento que los esterletes sólo pueden vivir en la agua materna,—romper el hielo del río, pescar en sus profundidades dos de sus habitantes, y mantenerlos durante cinco días y cinco noches de viaje en un coche cerrado y calentado á una temperatura que no dejase helar el agua del río. Así se explica que cada uno hubiese costado ochocientos rublos. No habría hecho más Potemkín, de fabulosa memoria.

Diez minutos después los esterletes reaparecieron en la mesa, pero ahora guisados tan á punto, que los comensales compartieron los elogios entre el anfitrión que los hiciera pescar y el maestresala que los había hecho cocer; luego sirvieron las primicias, que consistieron en guisantes, espárragos, judías verdes, todo con la verdadera forma del objeto que tenía la pretensión de representar, pero cuyo gusto uniforme y acuoso protestaba contra la forma.

Al levantarnos de la mesa pasamos al salón, en el que estaban preparadas algunas mesas de juego, y como yo no era bastante pobre ni bastante rico para alimentar esta pasión, miré hacer á los demás. A media noche, esto es cuando fui á acostarme, entre una parte y otra iban ya perdidos trescientos mil rublos y veinticinco mil campesinos.

Despertáronme al amanecer del siguiente día, y dijeronme que los monteros tenían conocimiento de cinco osos desviados en un bosque de una legua de circunferencia. Por más que el que me dió la noticia estuviese animado del deseo de serme grato, aquélla me causó un ligero estremecimiento; que por muy valiente que uno sea, no deja de inspirarle alguna in-

quietud el atacar á un enemigo desconocido y con el cual va á encontrarse por vez primera.

Ello no obstante, me enfundé con desenvoltura en mi traje, dispuesto de modo que nada tenía que temer yo del frío; esto sin contar que, como para participar de la fiesta, brillaba un sol magnífico, y que la temperatura, suavizándose á los rayos del astro, en aquella hora matinal sólo marcaba — 15°, lo cual prometía tan sólo — 7° ó — 8° para medio día.

Bajé y encontré á todos nuestros cazadores aparejados y en sendos trajes uniformes bajo los cuales apenas si nos conocíamos á nosotros mismos. Inmediatamente después nos subimos á los trineos dispuestos al efecto, y trascurridos diez minutos llegamos al lugar de la cita, linda casa de labriego ruso, toda ella de madera labrada al hacha, con su grande estufa y su santo patrón, al que todos, siguiendo la costumbre, saludamos devotamente al atravesar el umbral.

En la casita aquella nos esperaba un suculento almuerzo, durante el cual noté que ninguno de los cazadores bebió. Es que antes del duelo los rusos no se embriagan, y la caza que íbamos á emprender era un verdadero duelo.

Al final del almuerzo el montero se asomó á la puerta, lo cual quería decir que ya era hora de emprender la marcha.

A la puerta entregáronnos sendas carabinas cargadas, y nos las terciamos, pues no teníamos que hacer uso de ellas más que en caso de peligro. Además de las carabinas, repartiéronnos á cada uno cinco ó seis planchas de hojalata para arrojarlas al oso, que con el sonido y el brillo de ellas se irrita grandemente.

El recinto, situado á un centenar de pasos de la casita, estaba rodeado por la música de Nariskín, que no era otra que la misma que yo oyera en el Neva durante las deliciosas noches de verano. Cada músico tenía en la mano su trompa, presto á soltar su nota. Todo el recinto estaba de tal suerte rodeado para que

los osos, por cualquier lado que se presentasen, fuesen rechazados por el ruido. Entre músico y músico había un montero, un criado ó un campesino con una escopeta cargada solamente con pólvora á fin de que bala alguna nos pudiese herir. Si los osos intentaban forzar el paso, al ruido de los instrumentos tenía que unirse el de los escopetazos.

Atravesamos la línea formada por músicos, monteros, criados y labriegos y entramos en el recinto, y al mismo instante el bosque quedó envuelto en un círculo de armonía que nos causó el efecto que debe de causar la música militar en los soldados en el momento de la batalla; tan es así, que aun yo me sentí poseído de un ardor bélico de que, cinco minutos antes, no me hubiera creído capaz.

Yo estaba colocado entre el montero de Nariskín, que debía á mi inexperiencia el tomar parte en la caza, y el conde Alejo, sobre quien prometí á Luisa velar, y que, al contrario, velaba sobre mí. El conde tenía á su izquierda al príncipe Nikita Muravieff, con quien estaba unido por fuertes lazos de amistad, y que á la vez y según pude ver todavía al través de los árboles, tenía á la suya á Nariskín. Más allá no me era dable descubrir nada.

Diez minutos poco más ó menos hacía que en la expuesta disposición íbamos avanzando, cuando acá y acullá oímos, á la par que algunos tiros, voces que gritaban: *!Medvede! imedvede!* (1). Probablemente al són de las trompas había parecido un oso en el linde del bosque, y era repelido á una por monteros y músicos. Mis dos vecinos me hicieron seña de que me preparara, y todos estuvimos ojo alerta. A poco oímos á nuestro frente roce de malezas acompañado de un gru-

(1) *Medvede*, vocablo compuesto de *med*, que significa *miel*, y *vede*, que *descubre*, ó sea *que descubre la miel*. Dase este nombre al oso por su instintiva destreza en descubrir su manjar predilecto.

ñido sordo. Confieso que al oír aquel ruido, que al parecer se acercaba hacia mí, á pesar del frío que hacía empecé á sudar como en verano; pero al mirar á mis vecinos y al verlos impávidos, procuré imitarlos. En esto pareció el oso, sacando la cabeza y la mitad del cuerpo al través de una mata de espinos situada entre yo y el conde Alejo.

Mi primer arranque fué soltar mi puñal y empuñar mi carabina, pues el oso, lleno de sorpresa, nos miraba sucesivamente, y, al parecer, estaba aún indeciso sobre si se abalanzaría al conde ó á mí; pero el conde no le dió tiempo de escoger. Juzgando que yo cometería alguna torpeza, Waninkoff quiso atraer á sí al enemigo, y acercándose á él algunos pasos, á fin de llegar á una especie de claro que le daría más libertad de acción, le tiró á los hocicos una de las planchas de hojalata que tenía en la mano. El oso se echó inmediatamente y de un salto sobre ella, y con increíble ligereza la cogió con sus garras y la retorció gruñendo. El conde avanzó un paso más y lanzó otra plancha á la fiera, que la cogió como el perro coge la piedra que le arrojan, y la trituró con sus dientes. Para acrecentar la cólera del oso, Alejo le tiró una nueva plancha; pero ahora el animal, como si hubiese comprendido que era una insania encarnizarse en un objeto inanimado, dejó caer con desdén la plancha junto á sí, volvió la cabeza hacia el conde, lanzó un rugido terrible y se adelantó algunos pasos al trote, de modo que hombre y bestia sólo quedaron separados por una distancia de tres á cuatro metros. En esto Waninkoff lanzó un silbido agudo, y el oso, al oír este ruido, se puso inmediatamente derecho, que era lo que quería el conde; el cual arremetió á la fiera, que tendió los brazos para ahogarlo; pero antes de que hubiese tenido tiempo de unirlos, aquélla lanzó un rugido de dolor, y, retrocediendo tres pasos, se tambaleó como un ebrio y cayó muerta. El puñal de Alejo le había atravesado el corazón.

Acerqueme al conde para preguntarle si estaba herido, y lo encontré tan sosegado como si acabase de desjarretar á un corzo. Tanto valor me llenó de asombro; yo, sólo por haber asistido á aquel combate, temblaba de los pies á la cabeza.

—Así se hace, me dijo Waninkoff; ya ve V. que es facilísimo. Ea, ayúdeme V. á voltear la bestezuela; le he dejado el puñal en la herida, á fin de dar á V. la lección completa.

El animal estaba muerto y bien muerto, y no sin trabajo lo volteamos, pues era un oso negro de la especie más corpulenta y de un peso que debía de rayar en las cuatrocientas libras. La fiera tenía efectivamente clavado en el pecho el puñal hasta la empuñadura. El conde arrancó de la herida el arma, y, para limpiarla, sumergió dos ó tres veces la hoja en la nieve. En esto oímos nuevas voces, y al través de las ramas vimos al cazador de la izquierda de Nariskín bregando á la vez con un oso. Ahora la lucha fué un poco más larga; pero el oso cayó por fin como el primero.

Las dos victorias de que yo acababa de ser testigo presencial me exaltaron, y mi temor se disipó á impulsos de la fiebre que ponía en ebullición mi sangre. Entonces, sintiéndome con la fuerza de Hércules Nemeo, solicité que me dejasen hacer la prueba. La ocasión no tardó en presentarse. Apenas hubimos dejado á nuestra espalda y á una distancia de doscientos pasos los dos cadáveres, cuando parecióme que por un cubil situado entre dos rocas asomaba un oso la cabeza. Por breve espacio estuve indeciso, y, para salir de dudas, arrojé resueltamente hacia el objeto, fuere el que fuese, una de mis planchas de hojalata. La prueba fué decisiva: el oso frunció el hocico, me mostró dos hileras de dientes blancos como la nieve y lanzó un gruñido que hizo detener á mis compañeros de derecha é izquierda, que prepararon sus carabinas para auxiliarme en caso de apuro, pues vieron claramente que era yo quien tenía que habérmelas con aquel oso.

El ver que mis compañeros echaban mano de sus carabinas, dióme á entender que también podía servirme de la mía, que dicho sea en verdad me inspiraba más confianza que no mi puñal. Púsemé pues éste al cinto, y empuñando á la vez mi carabina, con toda la serenidad de que fui capaz la encaré al oso, que me allanó el camino permaneciendo inmóvil; por fin, cuando lo ví bien en línea con mi cañón, tiré del gatillo, y á la par que el tiro conmovió el bosque un rugido horroroso. La fiera se enderezó, azotó el aire con una de sus patas, mientras la otra, rota en el hombro, le colgaba á lo largo del cuerpo. Al mismo tiempo mis dos compañeros me gritaron: «¡Cuidado!» En efecto, el oso, como si se hubiese repuesto de un primer arranque de estupefacción, á pesar de su hombro roto se abalanzó á mí con tal rapidez, que apenas tuve tiempo de tirar de mi puñal. Lo que entonces pasó no acertaré á explicarlo bien, pues fué veloz como el pensamiento. Ví erguirse ante mí al animal enfurecido y con las fauces sanguinolentas, y le descargué con todas mis fuerzas una puñalada terrible, pero que se desvió por haber dado en una costilla; entonces sentí pesar como una montaña la pata del oso sobre mi hombro, y, doblando las rodillas, caí de espaldas debajo de mi adversario, al que instintivamente eché las manos al cuello á fin de alejar con todas mis fuerzas sus fauces de mi rostro. En esto resonaron dos tiros, y tras el silbo de las balas oí un ruido sordo. El oso lanzó un rugido de dolor y se desplomó sobre mí con todo su peso, del que pude librarme haciendo un esfuerzo colosal para echarme á un lado. Ya libre, levantéme inmediatamente para ponerme en defensa, pero fué ocioso: el animal estaba muerto; á una había recibido tras la oreja la bala del conde Alejo, y la del montero en la espaldilla. Yo estaba cubierto de sangre, pero sin el menor rasguño.

Todos los cazadores acudieron al sitio que acababa de ser teatro de la lucha, pues en cuanto supieron que

yo me había liado con un oso, temieron por mí. Con gran satisfacción me vieron pues mis compañeros de caza en pie junto á mi enemigo muerto.

Mi victoria, no obstante estar compartida, no dejó de honrarme grandemente, pues para un novato no lo hice del todo mal. Como va dicho, el oso tenía un hombro roto por mi bala, y mi puñal, aunque resbalara sobre una costilla, le había subido hasta la garganta: luego ni de cerca ni de lejos me había temblado el pulso.

Como los otros dos osos vistos en el bosque forzaron la línea de los músicos y monteros, quedó terminada la caza. En cuanto á los cadáveres, arrastráronlos hasta el camino, y se procedió á su despojo; luego les cortaron las patas, que por ser el bocado más exquisito tenían que servirnoslas en la comida.

Acompañados de nuestros trofeos tornamos á la quinta, donde nos aguardaba á cada uno y en nuestros respectivos cuartos un baño perfumado, lo cual no estaba de más después de haber pasado la mitad del día enfundados en nuestros abrigos. Media hora después, la campana nos llamó al comedor.

La comida era no menos suntuosa que la de la víspera, aparte de los esterletes, reemplazados ahora por las patas de oso. Nuestros monteros fueron los que, reclamando sus derechos, las hicieron cocer, con detrimento del maestresala, y eso sencillamente en un horno abierto en el suelo, en medio de ardientes brasas y sin condimento alguno. Así es que al ver presentar en la mesa aquella especie de tizones, no sentí inclinado mi gusto hacia tan extraño manjar, lo cual no fué óbice para que me sirvieran mi ración, como á los demás. Con todo eso resolví seguir el ejemplo hasta el fin, y quitando con la punta de mi cuchillo la quemada costra que cubría la pata, llegué á una carne perfectamente cocida en su jugo y que desde el primer bocado me hizo rectificar la opinión que de ella formado había en mi ignorancia. Digo que

la pata de oso es uno de los manjares más delicados que uno puede saborear.

Al subirme á mi trineo encontré en él la piel de mi oso, colocada allí por orden de Nariskín, que llevó su galantería á tal extremo.

XI

Encontramos á San Petersburgo entregado á los preparativos de dos grandes fiestas que se efectúan á pocos días una de otra; me refiero á las fiestas de año nuevo y de la bendición del Neva: la primera mundana, y religiosa la segunda.

En virtud de la costumbre que hace que los rusos llamen *padre* al emperador y *madre* á la emperatriz, el día de año nuevo los soberanos reciben á sus hijos.

Como al acaso, se distribuyen veinticinco mil esquelas de convite por las calles de la capital, y los veinticinco mil convidados, sin distinción de categorías, son admitidos aquella noche misma en el palacio de Invierno.

Habían cundido algunos rumores siniestros; decíase que aquel año no habría recepción, y decía esto la gente, fundándose en la voz que corriera pese al tenebroso y profundo silencio que guarda la policía rusa. Todavía se trataba de la incógnita conspiración á que más atrás nos hemos referido, serpiente de mil anillos y de dardos mortíferos, que levantaba la cabeza y amenazaba para volver á hundirse en las tinieblas y ocultarse á todas las miradas. Con todo eso los temores se disiparon, á lo menos el temor de los curiosos, gracias á haber el emperador dicho terminantemente al gran maestro de policía que era su deseo que todo se hiciese como de costumbre, por mucho que facilitase la ejecución de un asesinato el dominó,

con que, siguiendo la antigua práctica, se cubren los hombres.

Lo notable en Rusia es que, prescindiendo de las conspiraciones de familia, el soberano sólo tiene que temer de los grandes, pues su doble carácter de pontífice y de emperador, que aquél ha heredado de los Césares, como su sucesor oriental, le hace sagrado para el pueblo. Por otra parte en todas las naciones sucede lo mismo, y esta es la faz sangrienta de la civilización. En los tiempos de barbarie, el asesino queda en la familia; de la familia pasa á la aristocracia, y de la aristocracia va á parar en el pueblo. Rusia tiene pues que pasar todavía algunos siglos antes de alimentar en su seno á hombres como Jacobo Clemente, Damiéns y Alibaud; aun está en los Pahlen y en los Ankastram. Así es que, según decían, los asesinos del emperador tenían que pertenecer forzosamente á la aristocracia, y aquél hallarlos en su mismo palacio, y aun en su propia guardia. Esto era sabido, ó á lo menos así se decía, y sin embargo no era posible distinguir unas de otras las manos amigas y las manos enemigas; tal había que se acercaba al monarca arrastrándose como un perro, y prontamente podía enderezarse y desgarrar como un león. No cabía confiar y esperar sino en Dios, que es lo que hizo Alejandro.

Llegó el día de año nuevo, y los billetes fueron distribuidos como de costumbre. En cuanto á mí, mis discípulos se mostraron tan solícitos en hacerme presenciar aquella fiesta nacional, interesantísima para un extranjero, que reuní diez esquelas de convite.

A las siete de la noche se abrieron las puertas del palacio de Invierno.

Dados los rumores que cundieran, me persuadí de que hallaría las inmediaciones del palacio llenas de soldados; júzguese pues de mi asombro al no ver ni una bayoneta de refuerzo; en el exterior del palacio no había más que las centinelas de costumbre, y en el interior de él ni una sola guardia.